

VI

Poco más ó menos á las nueve de la noche llegamos á Colonia.

Mi compañera de viaje se había acostumbrado de tal suerte á nuestra fraternidad, que no se preocupaba ya lo más mínimo con la topografía de nuestro aposento y hubiera aceptado sin reparo un dormitorio para los dos con tal que en él hubiese habido dos camas.

Dos había en el cuarto que á Lilá asignaron en la fonda y resultó contiguo al mío.

Como nuestra amiga la dama vienesa había aceptado el *triumfeminavirato*, los tres cenamos juntos, después de pasar una tarde deliciosísima.

Es positivo que si los hombres supiesen

cuánto hechizo encierra la amistad de una mujer, y aun de dos, tal vez derramarían una lágrima de placer, pero indudablemente de arrepentimiento, el día que franquearían los lindes de la amistad para pisar los dominios del amor.

Pasamos una velada llena de atractivos. Sirviéronnos el té en el aposento de Lilá, y le tomamos al pie de ancha ventana desde la cual se descubría el Rhin, un poco más arriba del puente que conduce á la fortaleza de Ehrenbreitstein, y luego el paisaje que se desarrolla más allá del río, esto es, las colinas que gradualmente van transformándose en montañas.

La luna apareció en el horizonte é iluminó primero con su suave luz las fronteras altas para luego transformar en espejo de plata las aguas del Rhin.

¿Qué dijimos ante el maravilloso espectáculo que á nuestros ojos ofrecía la naturaleza? Se me ha olvidado completamente; probable es que hablamos de Shakespeare y de Victor Hugo, de Goethe y de Lamartine. Los poetas eximios cantan los grandes espectáculos de la naturaleza, y, de seguro agradecidos, los miríficos espectáculos de la naturaleza inspiran á los grandes poetas.

Indudablemente con el fin de continuar go-

zando, cuanto posible le fuese, de la buena amistad que nos unía, la vienesa nuestra amiga solicitó de Lilá que compartiese con ella su aposento. Mi compañera de viaje me miró como para preguntarme si tal pretensión me contrariaba, y por toda respuesta me eché á reír y me retiré al mío para dejar á las dos en completa libertad.

Para que me fuese dable contemplar aquella esplendorosa luna una vez en mi cama y apagada la bujía, había dejado yo abiertas las persianas y descorridas las cortinas; de modo que al través de los cristales veía el azulado firmamento cortado por la ancha y blanquecina faja que proyecta la vía láctea, mientras en los más remotos confines del firmamento veía fulgar una estrella, la Aldebarán, cuando roja, ya blanca, ora azul.

No sé por espacio de cuánto tiempo estuve contemplando con toda la fuerza de la mirada ó con los ojos entornados aquel suave y melancólico espectáculo. Lo que sí recuerdo, es que cuando después de profundo sueño abrí de nuevo los ojos, impregnados todavía de aquel azul nocturno y de aquellas inflamadas acianas, creí estar presenciando un grande incendio.

Todo cuanto la víspera era azul, era ahora púrpura. Aquel cielo, tan tranquilo y límpido

apenas hacía algunas horas, parecía invadido por tumultuoso mar de fuego. La aurora se levantaba anunciando el nuevo sol.

Estaba yo extasiado en presencia de semejante espectáculo, cuando me pareció oír que me llamaban desde el cuarto contiguo.

Presté oído atento, y, efectivamente, llegó hasta mí mi nombre de pila.

—¿Es V., Lilá? pregunté á media voz.

—Sí; ¿está V. despierto? mejor, prosiguió mi compañera de viaje, siempre en voz baja. ¿No le parece á V. magnífica la decoración que Dios nos está mostrando en este instante?

—¡Espléndida! ¡Lástima que nos veamos obligados á contemplar, cada uno en nuestro cuarto, ese hermoso cielo!

—¿Qué le veda á V. el venir á contemplarlo desde el mío?

—¿Quiere V. decir que la vienesa consiente?

—¡Bah! está durmiendo.

—Entonces abra V. la puerta.

—Hágalo V. mismo; nunca ha estado cerrada.

Salté de la cama, me puse unos pantalones y la bata, me calcé mis zapatillas, y entré, haciendo el menor ruido posible, en el aposento de mis vecinas.

Lilá, para servirme del tecnicismo teatral,

estaba acostada al *lado del patio*, y su vecina al del *jardin*. La alta ventana daba paso á un rayo de sol naciente que teñía de púrpura la cama y el rostro de mi compañera, la cual parecía bañarse en un lago de rosada luz. Entonces descolgué un espejo, y sin interponerme entre la luz y ella, se lo lleve para que á él pudiese contemplarse.

En su modo de sonreirse no me fué difícil conocer que me estaba agradecida de haberse hallado tan hermosa.

—Ea, dese V. un beso, la dije acercando el espejo á sus labios.

—No, vale más que me bese V. á mí, respondió Lilá.

Hicelo, deseando á mi amiga una dilatada sucesión de auroras tan hermosas como la que estábamos presenciando, y luego volví á colgar el espejo.

—Tráigase V. una silla y siéntase cerca de mí; tengo una pretensión.

—¿Cuál?

—Que me refiera V. una historia que quedará eternamente grabada en mi recuerdo enlazada al de esta magnífica salida del sol.

—¿Qué historia quiere V. que la cuente en presencia de semejante solemnidad? A V. le son familiares *Werther*, *Pablo* y *Virginia*...

—¿No me dijo V., interrumpió Lilá, que

usted debía uno de los más gratos recuerdos de su vida á una paisana mía?

—Es verdad, la respondí.

—¿Y no me dijo V. también que semejante recuerdo no estaba empañado por nube alguna, y que las únicas lágrimas que tres meses de ventura les costaron á ustedes fueron las que derramaron en el instante de la separación?

—Asimismo es cierto.

—¿Sería para V. una indiscreción el referirme la historia esa?

—No, por desgracia, pues hace dos años murió la heroína.

—Usted me dijo que ésta era no solamente paisana mía, sino artista dramática al igual que yo.

—Con la única diferencia que aquélla cultivaba el género lírico.

—Cuénteme V. la historia esa, se lo ruego; pero hable V. en voz baja, para que no se despierte nuestra vecina.

—Corría el año de 1839; entonces ya estaba yo viejo: tenía treinta y siete años.

—¿Acaso lo será V. nunca?

—¡Dios la escuche á V.! Por tercera vez me encontraba en Nápoles, y, como de costumbre, bajo un nombre supuesto. Ahora llevaba el poco poético de M. Durand.

«Quería visitar yo de nuevo las ciudades de Sorrento, Amalfi y Pompeya, que no me había sido dable recorrer detenidamente durante mi primer viaje, y á las cuales, por otra parte, se las estudia bastante. Por consiguiente y fiel á mis tradiciones, me encaminé al puerto y fleté una de esas grandes barcas sicilianas, á bordo de una de las cuales hice ya mi viaje de 1835.

»La vez á que me refiero iba solo, pues no llevaba ya conmigo los dos buenos compañeros llamados Jardín y Milord.

»Ni Duprez, ni la Malibrán, ni Persiani se encontraban en Nápoles; así es que la ciudad me pareció muy triste.

»Con todo, por la víspera del día en que fleté mi barca, había asistido á una gran solemnidad musical. Su compatriota de V., la señora D..., á quien me permitirá V. designar con su nombre de María, había dado su última representación en la capital de las Dos Sicilias, para ir á cantar al teatro de Palermo.

»La señora D... era alta y hermosa mujer de treinta años; hablaba, cual V., todas las lenguas; poseía una voz magnífica, sobre todo admirablemente dramática, y la *Norma* era la ópera en que alcanzaba más ruidosos triunfos.

»Yo la había conocido en París, donde la

hicieran representar papeles cómicos, como, por ejemplo, el de Zerlina, en el cual consiguió muchísimos aplausos.

»En aquella época le había sido yo presentado después de una representación de *Don Juan*, y tal fué la simpatía que nos unió desde el primer instante que nos vimos, que al decirla yo que la hallaba hechicera y que era para mí una gran dicha que no partiese hasta el subsiguiente día, me contestó ingenuamente:

»—Al contrario, es una desdicha, y grande.

»—Pero, me apresuré á replicar, en dos días hay cuarenta y ocho horas, y en cuarenta y ocho horas dos mil ochocientos ochenta minutos, esto es, una eternidad si se sabe sacar provecho de ella.

»—No, repuso la artista moviendo la cabeza; en cuarenta y ocho horas, no tendré sino el tiempo preciso de demostrar á V. que me place, pero no el de probarle que le quiero.

»Como la contestación me pareció concluyente, no insistí, y al despedirme de ella la besé la mano.

»María partió para Alemania y yo para Italia, sin que desde nuestra primera entrevista nos hubiésemos visto de nuevo.

»El acaso volvió á reunirnos en Nápoles;

pero como yo usaba un nombre supuesto y me encontraba en la ciudad desde la víspera, ella ignoraba mi presencia en la misma, mientras yo conocía los aplausos y los triunfos de que era objeto. El nombre de María no sólo brillaba en todos los carteles, sí que también estaba en todos los labios.

»Me informé del domicilio de mi amiga, y al saber que ésta vivía en una casa de la calle de Toledo, á ella me disponía á encaminarme, cuando me detuvieron con estas palabras:

—¿Sabe V. que va á casarse?

»Si me hubiesen dirigido á la cabeza un chorro de agua helada, no me hubiera producido peor efecto que la pregunta que acababa de resonar en mis oídos.

»—¡Que se casa! dije; ¿y con quién?

»—Con un paisano de V., un joven compositor á quien V. indudablemente conoce, que cultiva por afición la música: el barón Fernando de S...

»—¡Válgame Dios! exclamé admirado.

»Y efectivamente, nada en el mundo podía causarme más asombro que semejante alianza; mas como lo primero á que doy crédito es á lo increíble, en atención á que basta que lo increíble exista para que inmediatamente lo proclamen, quedé absorto, pero convencido.

»Desde aquel instante no pensé ya en ver de nuevo á María, pues si ésta no había juzgado á propósito parar mientes en mí cuando iba á partir cuarenta y ocho horas después, con mucho más motivo iba á desconocerme por completo cuando iba á casarse dentro de ocho días.

»A no ser la expresada noticia, quizá hubiera yo permanecido algún tiempo más en Nápoles, á riesgo de hacerme prender en ella como la vez primera; pero, al contrario, la nueva aquella apresuró mi partida. Me encaminé, pues, como he dicho, al puerto; fleté el único *speronare* que en él había, y luego encaminé mis pasos hacia la fonda.

»Todavía no había yo abandonado el muelle, cuando me encontré con María y Fernando, los cuales, al verme, dieron un grito de sorpresa.

»—¡Cómo! me dijeron los dos á un tiempo: ¿está V. en Nápoles y no lo sabíamos? ¿Cómo se explica eso?

»—Se explica por la sencillísima razón de que todo el mundo ignora quién soy, gracias á la dichosa antipatía que S. M. el rey de Nápoles siente por este humilde servidor de ustedes.

»—Pero V. sabía que nosotros estábamos aquí, me dijo Fernando, y por lo tanto no

me explico porqué no ha venido usted á vernos.

»—Sabía que estaba la señora, repuse indicando á María, y ayer noche, en San-Carlo, la he pagado mi tributo de elogios.

»—¿Y no ha ido V. á verme al teatro? me preguntó á su vez María.

»—No, y ello obedece á dos razones.

»—Apuesto que ninguna de las dos es buena.

»—Y yo que lo son las dos.

»—A ver.

»—La primera es que para entrar en el teatro, me hubiera sido preciso declarar mi nombre; si decía el mío verdadero, esto es, Alejandro Dumas, al instante mismo me echaban el guante y me conducían á la cárcel; si el supuesto, Pedro Durand, nadie me conocía, es cierto, pero me cerraba la puerta del cuarto de V., ya que V. tampoco conocía al tal Durand.

»—¡Jum! dijo María, si la primera razón no es buena del todo, tampoco es del todo mala. A ver la segunda.

»—La segunda consiste en que habiendo tenido conocimiento de su futuro matrimonio, no he querido llegar en mitad de una plática amorosa para ser recibido como perro en juego de bolos.

»—¿Y quién le dice á V. que hubiese sido usted recibido por modo semejante?

»—¿Cómo quiere V. que no conozca yo á los enamorados, pasándome, como me paso, la vida creándolos á trompicones?

»—¿Acabamos de recibirle á V., por ventura, malamente?

»—¡Mire V. qué tal, en la calle! No faltaba sino que ahora me levantara V. pendencia porque les estoy estorbando, yo, el más humilde de todos sus servidores.

»—Pues yo tengo muchos deseos de levantársela, dijo el barón.

»—¿Y eso?

»—Porque estoy furioso.

»—¿Y usted, señora, está también furiosa?

»—De rechazo.

»—Si sólo es de rechazo, se lo agradezco; pero ¿qué les sucede á ustedes?

»—Nos sucede... Ya que V. sabe que nos casamos, nada tengo que decirle sobre el particular...

»—Verdaderamente.

»—Pero lo que V. ignora es dónde queríamos casarnos.

»—No atino.

»—Pues bien, queríamos casarnos en santa Rosalía de Palermo, á cuya santa tiene espe-

cial devoción la señora. ¿Sabe V. quién era santa Rosalía?

»—Perfectamente: era hija de un opulento señor romano, descendiente de Carlomagno, que se retiró á una gruta del monte Pellegrino, en la que murió en los albores del siglo XII ó á fines del oncenno.

»—Pues no está V. poco versado sobre la vida de la santa, dijo María.

»—¡Canastos! yo lo creo. En Palermo me encontraba yo el día de su fiesta, y como es patrona de la ciudad, me guardé bien de no asistir á ella.

»—¿Y aquí acaba cuanto sabe V. de santa Rosalía? me preguntó el barón.

»—Perdone V., sé también que en Palermo llenó el mismo cometido que cierto herrero cumplió en Gretna-Green.

»—Ahí precisamente porque queríamos habérmolas con santa Rosalía de Palermo, para que ejerciera su ministerio para con nosotros.

»—¡Ah! ya... Y la santa se ha negado, ¿no es eso?

»—No, señor.

»—¡Pero no acaba V. de decirme que está furioso!

»—Lo estoy, porque contábamos partir mañana en el vapor de Sicilia.

»—¿Acaso no sale el buque?

»—Está en reparación por habersele roto una de las ruedas.

»—¡Vaya con el torpe! Pues bien, entonces hagan ustedes lo que yo.

»—¿Qué ha hecho V.?

»—He fletado un speronare. Vayan ustedes al puerto y hagan otro tanto.

»—De él venimos y no hemos hallado ni uno; un tal señor Durand acaba de fletar el único que había... Pero ¡ahora caigo en ello! exclamó el barón.

»—¿En qué? preguntó María.

»—En que el señor Durand es nuestro mismísimo amigo con quien estamos hablando; hace poco que por su propia boca nos lo ha dicho.

»—Verdad es; soy yo, contesté.

»—Cédanos V. su buque.

»—¿Y yo?

»—Ya partirá V. más tarde; como no se casa, no le apremia cosa alguna.

»—¡Venturosa ignorancia!

»—Ea, cédanos V. su buque.

»—¿Y si me conocen y me echan el guante?

»—¡Demontre! Aun á riesgo de que le cojan á V., háganos este favor.

»—¡Vaya un empeño!

»—Para que vea V. si somos acomodaticios, si nos lo cede le concedemos pasaje franco hasta Mesina ó hasta Palermo.

»—No voy á Palermo ni á Mesina.

»—Irá V., ¡vive Cristo! ¡Como si esto fuese una desgracia! Precisamente á María le falta un testigo y V. la servirá para el caso.

»—Si la señora me invita, dije, veré que determino.

»—¿Lo oye V., María?

»Pero la artista permanecía silenciosa, y como la sangre le afluía al rostro, se iba poniendo más y más encarnada.

»—Ea, ¿qué me responde V.? dijo el barón.

»—No me atrevo, repuso la interpelada.

»La turbación de la señora D... era mi venganza, por lo que resolví llevarla hasta el fin. Por vez primera en mi vida estuve rencoroso.

»—Pues bien, dije, acepto, pero con una condición.

»—¿Cuál?

»—Que seré yo quien les conduciré á ustedes, y les prestaré el buque, y les desembarcaré en tierra de Sicilia.

»—Acepto, dijo Fernando.

»—¡Qué indiscreción! murmuró María.

»—Quien desea alcanzar el fin no repara

en los medios, replicó el barón, y yo quiero llegar al fin.

»—Cállese V., repuso la señora D...

»—No quiero; antes al contrario, me da por levantar la voz.

»—Ea, señora, dije á María, déjese V. convencer.

»—¡Cómo! ¿V. también?

»—Yo también, y el primero.

»—Perdone V., en tal caso el segundo.

»—Tiene V. razón. ¿Y cuándo partimos?

»—Mañana al quebrar el alba, si el viento sopla favorable.

»—Enhorabuena.

»—Pero si no debíamos partir hasta pasado mañana, repuso María.

»—Sí, mas como con el speronare tardaremos un día más que con el vapor, resultará lo mismo.

»—¿Y mi tocado?

»—No hemos convenido ya que se casará V. de sombrero y sencillamente ataviada con un vestido ceniciento?

»—¿Y nuestros pasaportes?

»—Mi querido señor Dumas, me dijo entonces el barón, hágame V. el obsequio de dar el brazo á la señora y pasearse un instante con ella por Chiaja, mientras yo me voy á la embajada francesa y luego al minis-

terio de Estado y me traigo nuestros pasaportes.

»—¡Fernando! ¡Fernando! dijo María.

»Pero Fernando ya estaba lejos.

»Tomé el brazo de la señora D..., que sentí estremecer al contacto del mío, y me dirigí con ella al través de Chiaja hasta llegar á la escollera donde se estrellan las olas, sin haber pronunciado palabra durante todo el camino. Luego nos detuvimos silenciosos y con la mirada sumergida en la inmensidad.

»Al cabo de un instante di un suspiro al que María respondió con otro.

»—Creo, mi querida María, la dije, que una y otro están cometiendo ustedes una gran locura.

»—Usted lo cree así, me respondió, pero yo estoy segura de ello...»

Al llegar aquí de mi relato nuestra amiga la vienesa se movió en su cama, á cuyo ruido me volví.

—No haga V. caso, me dijo Lilá, se acomoda para respirar más bien.

—¿Quiere V. decir que no es para oír más claramente?

—¡Qué tontuna! está durmiendo como Eva antes de pecar.

—¡Bah! ¡Como Eva antes de pecar! no sólo veo una manzana, sino dos.

Y aunque nada había de esto, la vienesa dió un chillido y se subió con viveza la manta hasta los ojos.

—¡Ah! la dije; la he pillado á V., curiosilla.

—Perdóneme V., respondió la viajera sacando las manos de debajo del cobertor y juntándolas en ademán de ruego.

—Lo está V., dije; pero como á la vez no puedo hablar para dos personas, dirigir la voz á la derecha y la mirada hacia la izquierda, lo menos que voy á ganarme es quedarme cuellituerto.

—¿Qué desea V. entonces? me preguntó la hermosa vienesa.

—No deseo, exijo.

—¡Oh! ¡oh! ¿V. exige? dijo Lilá.

—O me callo.

—No, no... ¿Qué exige V.? preguntó la vienesa.

—Voy á cerrar los ojos mientras V. se levanta de su cama y se mete en la de su amiga. Tal vez se me vuelquen los sesos al ver dos cabezas tan divinas en una almohada; pero á lo menos me libraré de quedarme cuellituerto.

—¿Qué le parece á V., Lilá, preguntó la vienesa á mi amiga, hay que obedecer?

—¿Qué duda cabe desde el momento que usted se ha puesto á discreción suya?

—Pero cerrará V. los ojos, ¿no es cierto? preguntó la vienesa dirigiéndose á mí.

—Palabra de caballero.

—¿Puedo fiar en él, Lilá?

—Le garantizo.

—Entonces cierre usted los ojos, señor Dumas.

Oí como un andar de espectro, sentí pasar como un aroma, y luego llegó á mis oídos una voz temblorosa que decía:

—Ya estoy, puede V. abrir los ojos.

Las dos hechiceras mujeres estaban una al lado de la otra, con los brazos entrelazados, y descansando la vienesa la mejilla en la cabeza de Lilá.

¡Ah! ¡quién me diera á mí haber podido decir con el Corregio: *Anch'io son pittore!*

VII

«—Fernando, dije anudando el hilo de mi historia, poniendo en práctica el axioma italiano: *Quien quiere, va; quien no quiere, envía*, había ido, y media hora después, como prometiera, estaba de regreso con los pasaportes.

»Ya he dicho que aquél nos había dejado á María y á mí á orillas del mar.

»Durante nuestro coloquio, María me contó, con la complacencia que pone la mujer menos coqueta á todo relato parecido, como Fernando se enamorara locamente de ella; como no amándole ella á él lo bastante para corresponder á tal pasión, se había mostrado rigurosa; como semejante rigor, no esperado por él, acabó de trastornar el juicio á Fer-

nando, y como, desesperando éste de conseguirla por querida, la había ofrecido hacerla su mujer.

»Menester es que para la desdichada criatura que se halla fuera de las condiciones generales de la sociedad haya algo muy seductivo en estas tres palabras: *Sed mi esposa*, pues casi indefectiblemente se la coge, no como pelota en el instante de dar el rebote, sino aun antes de tocar en el suelo. María era hermosa; su talento le valía brillantísimos triunfos que la llenaban de orgullosa satisfacción, y, además, le redituaba cincuenta mil francos al año, de los cuales, á pesar de vivir espléndidamente, apenas gastaba la tercera parte; no tenía padre ni madre que pudiesen exigirla cuenta de su conducta; podía abandonarse, sin que nadie en el mundo la dirigiese un reproche, á los impulsos de su corazón ó de sus sentidos; en una palabra, era dueña de gozar de su belleza, de su fortuna y de su inteligencia en toda la plenitud de una libertad no sujeta á traba alguna.

»Fernando, por el contrario, sobre no poseer bienes de fortuna, tenía un talento muy disputable, y por más que fuese agudo y de modales refinados, su físico, como ya hemos visto, no reunía suficientes circunstancias para combatir cierta repulsión que María

sentía hacia él. Pues bien, tan pronto aquél hubo pronunciado estas tres mágicas palabras: *Sed mi esposa*, se había obrado el hechizo; y el hombre que, para amante, no era lo bastante simpático, lo fué lo suficiente para marido.

»Cierto es que, cual el caballero Ubaldo, me bastó sacudir mi varilla para desvanecer todos los maleficios de la selva encantada, y para que en contestación á lo que yo la dije, de que á mi ver cometía una locura, brotase de los labios de María este lamento involuntario:

»—Y yo estoy segura de ello.

»Con todo no era menos cierto también que, fuese fascinación matrimonial, fuese empacho de faltar á la palabra, ó bien repugnancia de volverse atrás, María estaba resuelta á dejar de ser María D..., esto es, una artista como no había otra, para convertirse en la señora baronesa de S..., lo que podían llegar á ser todas las mujeres. Y esto que digo me lo demostró por modo irrefragable el haber accedido á partir al día siguiente.

»Me recogí reflexionando en el singular papel que el acaso, que me conducía á Nápoles, me hacía desempeñar en la vida de nuestros dos enamorados; y digo nuestros enamorados, porque Fernando me parecía,

por sí sólo, sentir amor bastante para él y para su futura.

»¿Por qué la casualidad me había elegido á mí y no á otro? Confieso que se me ocurrió la idea de que el dios á quien representan con los ojos vendados se había levantado un tantico la venda en el instante en que yo pasé, y que no sin intención oculta pusiera en mí la mano.

»Sin embargo, declaro que tal intención estaba por tal manera oculta, que me era imposible descubrir el más insignificante ápice de ella.

»Por un instante mi posición me pareció tan ridícula, que estuve en un tris como no abandoné speronare y novios y emprendí el viaje en corricolo.

»Profundizando bien el sentimiento que me detuvo, creo que fué el mismísimo que ligaba al bonachón Mercier á la vida: la curiosidad; pero sea lo que fuere, curiosidad ú otro sentimiento, dormí malamente.

»Cuando una mujer está de viaje, por poco coqueta que sea nunca se parte á la hora prefijada; así es que en lugar de darnos á la vela al alba, eran las ocho cuando nos encaminábamos hacia Santa Lucía, donde debíamos embarcarnos, acompañados del capitán de la pequeña embarcación.

»Apenas habíamos andado cien pasos, cuando nos encontramos con un sacerdote, el cual cruzó por delante de nosotros, en dirección á la izquierda, lo que era un presagio doble.

»—¿Qué tiene V.? pregunté al capitán, al ver que éste movía la cabeza.

»—¿Qué? me respondió éste, que como buen siciliano era supersticioso; que si quieren ustedes creerme...

»—¿Qué haríamos si le creyésemos á V.? le pregunté al ver que se detenía como avergonzado de lo que iba á decir.

»—Aplazarían Vds. la salida para otro día.

»—¿Y por qué aplazarla?

»—¡No ha visto V.!...

»—Sí he visto: un sacerdote.

»—¡Y pues!

»—¡Y pues! repetí yo volviendo el rostro hacia Fernando.

»—¡Bah! dijo riendo el barón, no me dan miedo los curas. Precisamente en busca de ellos vamos.

»—No hay mal alguno en encontrarse con los curas que vamos á buscar, dijo el capitán; pero con aquellos á quienes no buscamos, ya es distinto.

»—¿Y V. cree que el encuentro del sacerdote ese va á ocasionarnos una desgracia?

»—O á ustedes ó á sus proyectos.

»—Cuanto á mí, dije, no traigo ninguno en el majín, y prueba de ello es que creía irme á Amalfi ó á Sorrento y me encamino á Palermo. Así, pues, añadí riendo y dirigiendo la palabra á María y á Fernando, abran los ojos aquellos que los forjan.

»Fernando se puso á cantar el aire de la *Muta di Portici*:

»El cielo está espléndido, la mar hermosa.

»Era una respuesta como cualquiera otra, quizá más buena. Así, pues, proseguimos en demanda del puerto.

»Nuestro pequeño spononare se mecía graciosamente en las azuladas aguas; la tripulación, compuesta de diez marineros y de un grumete, hijo del capitán, nos estaba aguardando en uniforme de gala. Cuatro de los primeros, dos á dos, estaban de plantón en ambas extremidades de una plancha que unía la orilla al buque, formándonos baranda con dos remos.

»Primeramente pasó María, la cual noté que estaba densamente pálida y que la mano le temblaba muy marcadamente al apoyarla en la improvisada barandilla.

»Fernando siguió á su prometida, ligero y alegre como un pinzón.

»Yo iba detrás, pensando en la predicción del capitán y preguntándome cuál podría ser el proyecto que el malhadado encuentro con el cura podía hacer abortar; mas como no hallase en rincón alguno de mi mente uno solo cuyo aborto pudiese costarme un suspiro, empecé á creer que el presagio no rezaba conmigo para maldita la cosa.

»Metieron á bordo la plancha y levaron anclas.

»Los marineros empezaron á remar al compás de una canción suavísima, y nosotros á deslizarnos entre un cielo y un mar de azur.

»Soplaba ligera y favorable brisa, estrictamente la necesaria para ver decrecer lenta y majestuosamente la ciudad de Nápoles. Capri, sumergida en los rayos del sol matutino, aparecía cual luminosa nube, mientras la costa de Castellamare, en toda su extensión, describía á nuestra izquierda su gracioso y azulado contorno.

»Eran las once de la mañana.

»—¡Bueno! exclamó prontamente Fernando, ¿y el almuerzo?

»—¡Cómo! repuso María, ¿no ha pensado usted en traer vituallas?

»—¡Yo! lo más mínimo; ¿acaso el capitán se habrá olvidado de proveer?

»—¡Esto sí que es estar loco! exclamó María.

»—O enamorado, señora, la dije. Por fortuna yo soy más precavido que Fernando.

»—Lo que prueba, dijo María riéndose, que V. no está loco ni enamorado.

»—Dichosamente, no sólo para mí, sino para el mundo entero, dije inclinándome; porque de haberme atacado una ú otra de dichas enfermedades con la intensidad que á nuestro amigo Fernando, no corríamos menos riesgo que perecer de hambre.

»—¡Bahl dijo Fernando, el sér humano vive de amor.

»—Sí, repuse; pero aquellos que contemplan á los enamorados comer ambrosía y beber néctar... ¡Ah! por otra parte, querido amigo, continué, haciendo seña á uno de los marineros que desempeñaba á bordo el empleo de cocinero, y el cual, á mi invitación, trajo una cesta descomunal; por otra parte, es V. libre de alimentarse de amor y desempeñar el papel de espectador; por lo que reza á la señora, como ha confesado que todavía estaba pegada á la tierra por un trocito de estómago, voy á ofrecerla un trozo de este pastel, ó el ala de este pavo.—Trae la segunda cesta, Pietro. Lo que ésta contiene, amigo mío, es todavía más despreciable,

para un enamorado, que un pavo ó un pastel: es vino de Burdeos; así, pues, yo, de V., no lo probaría siquiera.

»—¡Bahl dijo Fernando, si ustedes comen yo haré lo mismo.

»—Para no desairarnos, ¿no es eso? Hombre, confiese usted que el hambre le aprieta.

»—Le digo á V. que no; V. es quien me ha hecho pensar en ello.

»María royó, con el cabo de los dientes, una costra de pastel y una ala de pavo, y humedeció los labios en un vaso de vino de Burdeos; es decir, que tuvo la exquisita habilidad que poseen todas las mujeres, habilidad que consiste en comer relativamente quizá tanto como un hombre sin que al parecer toquen los manjares.

»Cuanto á Fernando, no comió, devoró.

»Como se ve, el viaje no comenzaba bajo tan malos auspicios como nos lo había hecho vislumbrar el capitán. Soplaba favorable brisa, navegábamos á razón de dos leguas por hora, y era probable que, cuantas más aguas ganásemos, más refrescaría el viento y por consiguiente adelantáramos con más rapidez.

»Pero contra esta previsión—en la que abundaba el capitán mismo—hacia la tarde

amainó el viento y con él el andar de la pequeña embarcación.

»Entonces nos ocupamos en los preparativos para pasar la noche.

»El speronare tenía en la popa una como tienda labrada de grandes aros que iban de una á otra borda, los cuales estaban cubiertos con un encerado; á dicha tienda, destinada primeramente á servirme de dormitorio, había yo hecho llevar, cuando creía viajar solo, un colchón de cordobán, el mejor de todos en los países cálidos, atento á que siempre se conserva fresco.

»Pero cuando hube reflexionado que, según todas las probabilidades, el viaje iba á durar cuatro ó cinco días con sus noches, aumenté mi material en otros dos colchones.

»Luego, después de una conversación en la cual y con toda la discreción posible me hube informado por boca de Fernando del grado de intimidad en que éste se encontraba con María, conversación cuyo resultado había sido lo más favorable á la célebre artista, habíamos convenido en que todas las noches sacaríamos dos ó tres colchones de la tienda, y que Fernando y yo dormiríamos sobre cubierta, con objeto de dejar aquélla al exclusivo uso de María.

»Dos cortinas sostenidas por una varilla

constituían la única salvaguardia de aquel santuario, al que nuestro común respeto guardaba con más eficacia que hubieran podido hacerlo las puertas de hierro del Derbend.

»Seguimos, pues, el programa, y llegada la noche sacamos nuestras camas á cubierta; pero la noche era tan esplendorosa, estaba tan cuajado de estrellas el firmamento y salpicaban éstas de tan suaves reflejos el mar, que hubiera sido pecado, como dicen en Nápoles, cerrar los ojos.

»Nos sentamos, pues, sobre cubierta y los abrimos cuanto nos fué dable.

»Uno de los marineros poseía una especie de guitarra de tres cuerdas. María la tomó y se puso á cantar.

»Al cabo de cinco minutos, capitán y marineros formaban rueda á nuestro alrededor, y pasados diez se habían constituido en coro y repetían con la admirable facilidad musical de los pueblos del Mediodía los estribillos de las canciones ó de las arias que cantaba María.

»De improviso ésta empezó á tocar y á cantar á un mismo tiempo, sin advertir nada, sin transición, una de sus más animadas *saltarellas*.

»Los marineros dieron un grito de pasmó,

y durante algunos minutos, contenidos por el respeto, se contentaron con mecerse; pero á poco empezaron á patalear, y del pataleo pasaron á la danza.

»Un cuarto de hora después á bordo había baile general, tanto más completo cuanto las danzas del Mediodía fueron arregladas por un gran maestro de baile desconocido, en la previsión de que llegaría tiempo en que probablemente faltarían mujeres, por lo que éstas no son elemento absolutamente necesario en las danzas mencionadas.

»Entretanto el buque, aprovechándose de un resto de brisa, avanzaba por si solo, á su capricho, cual sér inteligente.

»Hasta la una de la madrugada no cesaron el canto y el baile, á cuya hora María se recogió en su cámara, mientras Fernando y yo nos acostábamos en cubierta; los marineros desaparecieron y el timonel quedó solo al pie de la caña.

»El viento iba amainando por momentos, el mar estaba tranquilo como un espejo y apenas se sentía el balanceo del buque.

»No parecía sino que flotásemos en el aire.

VIII

»Nos despertamos con la primera luz del día.

»Durante la noche la navecilla no había singlado una legua. Nos habíamos dormido á la vista de Capri. Hacía un día magnífico; el cielo estaba espléndido; sólo los enamorados, si les apremiaban las horas, podían quejarse de semejante tiempo.

»María sacó la hermosa y rubia cabeza por entre las dos cortinas, y preguntó:

»—¿Qué tal?

»—Tenemos para ocho días, mi querida amiga, la respondí.

»—¿Contamos con provisiones suficientes para otros tantos?

»—Ayudándonos de la pesca podemos hacer frente á una semana de calma.

»—Vaya por una semana, repuso la artista escondiéndose de nuevo en el gabinete y cerrando las cortinas.

»—¡Y yo! dijo Fernando, ¿para mí no hay nada?

»—Sí hay, respondió María desde el interior de su cámara, mil cariños.

»—¡Jum! murmuró Fernando, mil cariños, poco es.

»En esto me acerqué al capitán y le pregunté:

»—¿Y V., cuántos días cree que vamos á emplear con este tiempo?

»—Nada sé, pregúnteselo V. al *profeta*. ¿Pero no ve V. que nos encontramos con un cura al irnos á embarcar? Milagro será si llegamos sin contratiempo al fin del viaje.

»El *profeta* era el piloto, marino veterano, llamado Nunzio, que hacía cuarenta años navegaba, desde la edad de diez en que por primera vez fué embarcado.

»—¿Buen tiempo, profeta? le pregunté acercándome á él.

»—Veremos, respondió en mirando hacia Poniente.

»—¡Cómo se entiende, veremos!

»—Lo que V. oye.

»—¿Pero qué?...

»—Que esto va á durar.

»—Bien, pero si se levanta un poco de viento no corremos peligro.

»—Sin embargo, si le da por soplar demasiado recio...

»—¿Qué entiende V. por demasiado recio?

»—Entiendo con exceso.

»—¡Ah! ¡ah! ¿teme V. una tempestad?

»—No, sino una borrasca; pero nada diga usted á la señora.

»—¿Por qué?

»—Porque tal vez no cantaría más.

»—¡Ah! viejo profeta. ¡Cómo se conoce que nos encontramos en la región de las sirenas!

»—Es que ayer ha cantado toda clase de aires de nuestra tierra, y no puede V. imaginar el gozo que produce, cuando uno se encuentra entre el cielo y el mar, oír un canto de la patria natal.

»—Nada tema V., cantará.

»—Haga V. por que cante lo más cercana posible al timón.

»Le transmitiré su deseo de V., y como tal deseo es un cumplido, va á acceder.

»Aquí llegaba de mi conversación con el piloto, cuando sentí una ligera sacudida, que me dió á entender que el viento iba á soplar de nuevo.

»Advierto de paso que la embarcación sólo

llevaba el foque y una especie de trinquete.

»—No, me dijo Nunzio, que advirtió mi error; son los compañeros que se preparan á remar.

»Efectivamente: seis de nuestros marineros habían sacado de la bodega sendos y largos remos, con los que empezaron á batir las aguas.

»Los remos, como en los botes ordinarios, estaban amarrados á toletes, con la única diferencia que los marineros bogaban en pie, á fin de que la pala penetrase en el agua.

»El trabajo era duro; pero á no tardar le suavizaron cantando una canción de melancolía arrobadora, cuyas primeras palabras decían:

»Sparano la vela.

»Al terminar la primera estrofa, María, que había ya salido de la cámara, permanecía en pie y con el oído atento, mientras Fernando escribía en su álbum aquella melodía, de sencillez extremada.

»A la segunda estrofa, María se acercó á mí y me dijo:

»—Compóngame V. unos versos sobre esta tonada.

»—¡Cómo! la dije, supongo que no va V. á cantar la música esa en un concierto.

»—No, pero me la cantaré á mí misma; será un recuerdo.

»—¿Y V. cree que yo sirvo para ayudarla á conservar un recuerdo de su peregrinación conyugal á santa Rosalía?

»—¿Se niega V.?

»—Dios me libre.

»—En verdad le digo que habría hecho V. mal, porque mi intento es aislar el recuerdo este de todo lo presente, para unirlo á otro recuerdo de lo pasado.

»—¡Señora baronesa! ¡señora baronesa!

»—Todavía no lo soy.

»—¿Ni una miaja?

»—Lo más mínimo.

»—Tendrá V. los versos dentro un cuarto de hora, la dije inclinándome.

»Fuí á sentarme al lado opuesto de Fernando, y mientras él estaba escribiendo su música á babor, yo componía mis versos á estribor.

»Un cuarto de hora después María tenía sus versos.

»—Oiga V., la dije, puede hacerse algo mejor que no esto.

»—¿Qué?

»—Copiar la canción original.

»—¿Y después?

»—Yo escribiré un estribillo para que lo repita el coro.

- »—¿Y luego?
- »—Fernando lo pondrá en música sin levantar mano.
- »—¿Y tras eso?
- »—Nada más; V. cantará los solos, y los marineros responderán coreando el estribillo.
- »—¡Excelente ideal!
- »—Me acontece tenerlas de cuando en cuando, y sino testigo la que le comunicó á V. ayer.
- »—¿Dónde?
- »—Orilla del mar.
- »—¿Qué idea me comunicó V.?
- »—La de que cometía V. una necedad al casarse.
- »—No hablemos más de esto, pues comeríamos otra.
- »—Pero á lo menos ésta no sería irreparable.
- »—¿Por qué?
- »—Porque no seríamos bastante necios para casarnos.
- »—¡Cuidado si es V. inmoral! Apártese V. de mí.
- »—Vaya V. á copiar los versos y estudiar su música.
- »—¡La música! me la sé de coro, contestó María poniéndose á cantar.
- »—Ya lo ve V., la dije, produce V. efecto.

»—No se ocupe V. en mí y componga su estribillo.

»Compuse uno de dos versos italianos adaptados al sentido de la canción, y luego lo llevé al capitán para que lo hiciese traducir al patuá siciliano. La operación no fué larga, pues en Sicilia como en Calabria no existe quien no sea poeta y músico. Luego llevé la versión de mis dos versos á Fernando, el cual los puso en música al volar de la pluma.

—»Ahora, atención, dije á nuestros remeros.

»Fernando se levantó y les hizo repetir el estribillo.

»Entonces María se acercó á aquéllos, y, sobre cubierta, en pie y con los ojos fijos en el cielo, empezó la melodiosa cantilena.

»Terminada la estrofa primera, los marineros cantaron el estribillo con admirable ajuste, y luego María prosiguió.

»Imposible de todo punto me sería infiltrar á ustedes el hechizo de semejante escena; el piloto estaba tendido sobre la tapa de la casilla que conducía al camarote del capitán, y había dejado de parar mientes en la caña, y los marineros se colocaron los remos debajo de la pierna y los sostenían con los jarretes, á fin de conservar libres las manos para aplau-

dir; cuanto á nosotros, teníamos la mirada fija en María.—Fernando, con amor indecible, yo, con admiración real.

»Sólo Pietro, al salir por una escotilla con un plato en cada mano y un pan sobarcado, tuvo poder bastante para arrebatarlos de nuestra contemplación.

»Los marineros se apresuraron á tender una vela, á la sombra de la cual nos sentamos para almorzar. Luego dejé á Fernando y á María en libertad para que pudiesen comunicarse sus pensamientos, y acercándome al piloto, le dije:

»—A lo que parece, el viento ese de que hablábamos no trae mucha priesa.

»—¿Ha almorzado V. bien? me preguntó el piloto.

»—Perfectamente.

»—Entonces si quiere V. que le dé un buen consejo, coma V. mejor todavía.

»—¡Hombre! ¿y por qué?

»—Porque mañana no se encontrará en disposición de una cosa ni de otra.

»—¡Usted se chancea!

»—Mis compañeros deben haberle dicho á usted ya que yo nunca me chanceo.

»—¿Y qué dice V., señor profeta?

»—Que por muy afortunados podemos darnos si esta noche no tenemos caldo.

»—¿Entonces por qué no nos refugiamos, á fuerza de remos, en alguna cala de la costa de Calabria?

»Nunzio dirigió la mirada hacia la costa de Pestum, que aparecía á nuestra izquierda describiendo una azulada línea de suaves ondulaciones, y luego movió la cabeza, diciendo:

»—Por mucho que se esforzasen los remeros no les quedaría tiempo para ello; necesitarían de diez á doce horas.

»—¿Y cuántas le parece á V. que tardará á desencadenarse la borrasca?

»—Siete ú ocho.

»—Entonces, dije, sacando mi reloj, á las nueve de la noche estaremos en danza.

»—Sí, poco más ó menos, repuso Nunzio, hora ú hora y media después del *Ave-Maria*. Pero no diga V. palabra; es inútil desasosegar anticipadamente á la señora.

»—¡Ah! viejo profeta, le dije riendo, conozco tu flaco.

»—No comprendo, me contestó el marino.

»—Que estás enamorado de nuestra hermosa pasajera.

»—Es cierto, pero como lo estoy de la madona, repuso descubriéndose según acostumbra hacerlo los italianos al pasar por delante de una imagen.

»Me reuní de nuevo á mis compañeros,

y pasamos el día tocando la guitarra y cantando. Yo recité versos de Hugo, Lamartine y Augusto Barbier, durante lo cual oí llamarme *improvisatore* por los marineros, que no me comprendían y creían que yo en vez de recitar estaba componiendo.

»Durante toda la tarde, el azul del cielo, hasta entonces tan intenso y transparente, fué empañándose poco á poco; el firmamento tomó un matiz lechoso y el sol se puso en medio de un cortejo de nubes parecidas á los vapores que se desprenden de las lagunas Pontinas.

»Había llegado la hora del *Ave-Maria*. El piloto tomó en brazos al hijo del capitán, le hizo arrodillar sobre la casilla del camarote de éste, y el niño rezó para él y para nosotros la oración de la noche, tan solemne en Italia y todavía más solemne en medio de la inmensidad de las aguas.

»Mientras el niño rezaba su oración, gruesa y negra nube iba invadiendo el espacio impulsada por el sureste.

»Era el *caldo* profetizado por Nunzio; el cual, una vez terminada la oración, me dió con el codo, en tanto se llevaba un dedo á los labios.

»—Ya lo veo, ¡caramba! le respondí.

»De vez en cuando los marineros, y aun

el mismo capitán, volvían los ojos del lado de la nube, que avanzaba con rapidez, extendiendo, cual hubiera podido hacerlo un águila gigantesca, una de sus alas hacia el norte y la otra hacia el sur.

»La luna aparecía, ó más bien se transparentaba en medio de un vapor incoloro, que pronto iba á desaparecer debajo de la veloz nube, cuyos senos rasgaba sin interrupción el rayo cual monstruosa serpiente de fuego.

»No había aún llenado el espacio el ronco fragor de trueno alguno, pero le presentíamos.

»El mar, sin que bocanada de viento cruzase todavía la atmósfera, iba encrespándose como si algún fuego subterráneo que se cruzase entre el Vesubio y el Etna, le hiciese estremecer.

»A no tardar, en el horizonte de donde procedía la nube, y al parecer adelantando con la misma rapidez que ella, vimos avanzar una faja de espuma, en tanto que de trecho en trecho y en la superficie de las olas se dibujaban esos estremecimientos á que los marinos llaman pies de gato.

»Por fin un soplo ardiente conmovió las jarcias de nuestra embarcación é hizo conmover la única vela que, con el foque, quedó en ella.

»—¡Tomar dos rizos! gritó el piloto á la tripulación.

»Al mismo tiempo el capitán vino á nuestro encuentro, y dirigiéndose particularmente á María, nos dijo:

»—A V., señora, y á ustedes, caballeros, nada tengo que aconsejarles; pero me parece que harían bien si se metiesen en la cámara.

»—¿Nos amaga algún peligro? preguntó María con acento bastante tranquilo.

»—No; pero vamos á tener borrasca, esto es, lluvia y viento, y ustedes no podrían permanecer en cubierta, sin quedar, á los pocos instantes, empapados hasta los huesos, y donde, por otra parte, estorbarían la maniobra.

»Yo, que conocía esta especie de recomendaciones, me volví hacia María y la pregunté:

»—¿Oye V., señora? ¿Quiere V. concedernos hospitalidad para esta noche?

»—Con mucho gusto, respondió la artista.

»En aquel instante llegó de través una racha tan violenta, que el speronare se inclinó sobre una banda y refrescó el pico de su berga en el agua, al mismo tiempo que hendía el espacio un rayo tan intenso que nos permitió ver con la claridad del día los objetos que nos rodeaban.

»—Metámonos en la cámara, dijo María;

el capitán tiene razón, estorbaríamos la maniobra.

—*Tutto á basso!* gritó Nunzio.

»Los marineros se abalanzaron á la vela, que hacia doblegar la verga cual débil junco.

»Hice entrar á María en la cámara, luego á Fernando, y yo seguí tras ellos.

»Apenas hubimos corrido las cortinas, cuando estalló un trueno horroroso y el buque experimentó una sacudida tal, que María se desplomó sobre su colchón dando un grito, mientras Fernando y yo nos agarrábamos uno al otro para no caernos.